



José Ma. Jover, 1635. *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, Instituto Jerónimo Zurita, Madrid, 1949.

Autor:
Sánchez-Albornoz, Nicolás

Revista:
Cuadernos de Historia de España

1951, XVI, 183-190



Artículo



JOSÉ MA. JOVER, 1635. *Historia de una polémica y semblanza de una generación*. Premio « Menéndez y Pelayo », Instituto Jerónimo Zurita, Madrid, 1949, 568 págs. 25 × 17,5.

El 19 de mayo de 1635 un heraldo de Luis XIII leía en Bruselas la declaración de guerra a España. El equilibrio de fuerzas acababa de romperse en Nördlingen a favor de los imperiales. El momento era crítico para Francia. Una paciente preparación diplomática de Richelieu (tratados de Compiègne con los Suecos y de St. Germain con Sajonia-Weimar, alianza con los Países-Bajos renovada en febrero de aquel año, acuerdo de Rívoli con Saboya y otros de menor interés) culminaba en aquel gesto. Dos semanas después, el 6 de junio, el rey de Francia publicaba la proclama de rigor para justificar la

ruptura de las hostilidades. En ella reunía, con innegable valor polémico, un cúmulo de cargos contra la monarquía española. La reacción del lado español no se dejó esperar. La respuesta oficial se concretó en una declaración que el Cardenal-Infante Don Fernando de Austria, a la sazón gobernador de los Países-Bajos españoles, lanzó una quincena después. Escritores de gran relieve como Guillén de la Carrera, Saavedra Fajardo, Quevedo, Jáuregui, Pellicer y otros se entregaron por su parte de alma entera a la polémica en aquella ocasión. Hecho curioso: el mismo empeño de repeler la agresión por la palabra se manifestó entre autores de los restantes pueblos de la corona. En verdad la fidelidad de las posesiones españolas quedó en aquel entonces bien probada ¹.

Los escritos españoles tuvieron en Europa gran resonancia: Jacques Pirenne ha recogido excepcionalmente el eco de los mismos ². Más adelante, en el análisis del libro de Jover, comprobaremos los errores de juicio del historiador belga.

El número de los panfletos que a raíz del manifiesto francés vieron la luz, es abundante: Jover cita alrededor de la quincena. Los panfletos presentan entre sí rasgos muy distintos. Nos atrevemos a distinguir tres grupos. Guillén de la Carrera y Pellicer, ambos finos polemistas, vierten en obras esmeradas toda la autoridad adquirida por ellos, con un afán de objetividad. «Gerardo Hispano» — conocido seudónimo de Céspedes y Meneses — Mateu y Quiñones de Benavente, bajo su responsabilidad también, salen a la palestra en folletos donde la imaginación prima, en cambio, sobre la razón. Aunque su escrito tenga otro carácter, puede agruparse junto a estos autores, al obispo Jansenio.

A diferencia del presente grupo, en el segundo hallamos únicamente trabajos anónimos. Entre otros nos referimos a la «Justificación de las acciones de España», «Manifeste pour la justicie des armes de las très-auguste maison d'Autriche» (Amberes), etc...

Si avanzamos un grado más, pasamos del simple anónimo al autor fingido. Los ataques contra Francia no proceden ahora de españoles, cuya opinión contra la agresión era de esperar, sino de supuestos súbditos de Luis XIII.

¹ Sobre la resistencia a ultranza a los ejércitos franceses en Brabante vid HENRI PIRENNE, *Histoire de la Belgique*, IV, p. 277.

² Cette guerre ne présentait pour le peuple espagnol aucun intérêt. C'était la guerre du roi. Son but était d'instaurer en Europe l'hégémonie autoritaire des Habsbourg. Philippe IV, pour l'appuyer, se lança dans une grande propagande idéologique qui s'adressait d'abord à l'Espagne, mais, par-dessus elle, à l'Europe toute entière. Depuis Ferdinand d'Aragon, les rois d'Espagne avaient soutenu leur absolutisme par une idéologie religieuse; sous Philippe III, elle s'était faite racique; Philippe IV lui donna un caractère nettement nationaliste. Des pamphlets furent répandus, donnant les Habsbourg comme les seuls vrais descendants de Charlemagne, l'Espagne comme le premier pays qui eût été habité après le déluge, la nation espagnole comme la créatrice de toutes les autres. Il était donc légitime que ses rois dominassent le monde. JACQUES PIRENNE, *Les grands courants de l'histoire universelle*, II, p. 570, Neuchâtel-Paris, 1947.

cuyos nombres, o se ocultan por temor a la tiranía del Cardenal, o aparecen bajo el título, no por pomposo menos fingido, de Duque de Mombazón, Par de Francia. En esta tarea se emplearon figuras de relieve. Jover ha identificado como el supuesto caballero francés, que firma un anónimo, a Saavedra Fajardo. Además de los citados escritos encontramos los « Gemidos del pueblo cristiano de Francia, ocasionados de los desastres de la guerra presente... Dedicados a las orejas de Luis XIII por un francés desinteresado » e igualmente la « Oratione sincerissima fatta da un humilde seruitore della Corona di Francia ». Actitud ésta habilísima, pues tiende a desconcertar al enemigo, razonando sobre la base de los supuestos que le son propios.

Y, por último, en las respuestas al manifiesto de Luis XIII, podemos agregar un cuarto grupo de panfletos de dura crítica contra las atrocidades cometidas por el ejército francés en los países invadidos, a la cabeza de los cuales mencionaremos la « Carta a Luis XIII » de Quevedo.

¿Qué finalidad cabe atribuir a tal profusión de publicaciones? ¿Podemos pensar acaso en una campaña de propaganda planeada desde las esferas oficiales? Los nombres de Guillén de la Carrera, Consejero Real, Pellicer, cronista de Castilla, Saavedra, eminente diplomático ¿no parecen confirmarlo? No hallamos en el libro de Jover y Zamora opinión precisa al respecto. Jacques Pirenne, en cambio, deduce del número de los escritos españoles un propósito imperialista de Felipe IV. De no conocer el contenido ideológico que encierran los folletos — actitud defensiva, pacifista incluso, esquema austracista de Europa — que contrabalancea las exageraciones de la « soberbia » — fruto pasional que encuentra su exacto paralelo en autores franceses como Besian-Arroy — podríamos sospechar tal intención. La actitud sosegada, la política de *status quo*, bien patente en Guillén de la Carrera, caracteriza a la generación. « En la visión de los polemistas de 1635 falta el empuje hacia el futuro », afirma Jover (pág. 188). Los asertos de J. Pirenne se nos figuran, pues, en el aire. Con todo, no queda suficientemente aclarado el interrogante que la lectura de los panfletos nos ha suscitado. La polémica nos sitúa en presencia de una ascensión en la política internacional del valor de la opinión pública. Los libelos, que durante las luchas religiosas alcanzaron en el siglo anterior gran desarrollo, comienzan en aquellos años a ser utilizadas como arma dialéctica en favor de los estados. Richelieu poseía un equipo de publicistas a sus órdenes. ¿Ocurrió algo por el estilo en la corte hispana? ¿Hasta qué punto? Algunos de los folletos parecen de modo indiscutible fruto espontáneo de sus autores.

Este estudio, tarea de orden secundario por supuesto, rebasa los límites propuestos por Jover a su libro; sin embargo con los apreciables materiales por él reunidos, puede darle cima con facilidad. No se trata evidentemente de reconstruir la historia externa de la polémica, cuyo tema ha abandonado deliberadamente Jover. Salvo para una historia de la publicística española, el asunto no presentaría gran interés. En cambio, el estudio del grado de

influencia estatal en la polémica puede servir, si se lograra demostrar que aquélla fué nula, para negar de manera rotunda el supuesto propósito imperialista de Felipe IV.

El objeto esencial que guía a José María Jover a estudiar los escritos de los polemistas, olvidados en su mayoría, es « calar el espíritu y las convicciones de una generación ». La polémica de 1635 pertenece por consiguiente a la historia de las ideas políticas. Los supuestos axiales sobre los que descansa toda la argumentación revelarán a la aguda mirada de Jover el ideario de los autores ya referidos. En los panfletos se descubre en efecto un contenido ideológico común que ha sido vertido al papel; debido a la índole de la ocasión — una polémica —, con un amplio grado de espontaneidad. La íntima convicción de los polemistas será pues revelada sólo tras una ardua labor de cotejo y exégesis de los textos, realizada con tacto por el profesor Jover.

El manifiesto francés contiene una lista de agravios recibidos de los españoles por el reino. Los escritos hispanos destruyen aquellas acusaciones y destacan, en cambio, los agravios inferidos por los franceses a España desde las paces de Verbins. Entre dos estados empeñados en una secular lucha por la hegemonía existían inevitablemente constantes motivos de discordia. El respeto que los dos estados se infundían recíprocamente hizo que los roces no alcanzasen consecuencias ulteriores. Al romperse el equilibrio salieron a relucir, justa o injustamente, un sinnúmero de acusaciones. Los capítulos iniciales del libro que reseñamos resumen los hechos acusatorios que contienen los escritos de ambos bandos como argumentos en contra del adversario. Ahora bien, con un criterio certero, Jover desiste de establecer la verdad de los mismos, estudio tangencial al de la polémica. « Historiamos la polémica, dice; no juzgamos la legitimidad de los argumentos empleados ».

Nos adentramos a continuación en los capítulos que conciernen a los principios ideales que movieron las plumas de los polemistas. De modo esquemático pueden enunciarse en la fórmula: Monarquía, Religión, Justicia.

El concepto de Monarquía encierra la visión política fundamental del Estado español del siglo xvii, el más potente hasta mediados de aquella centuria. La utopía hacia la cual tiende es la « universitas christiana ». De momento la comunidad formada por el Imperio Germánico y la Monarquía Española serán el sostén más sólido de aquella aspiración. El Estado español o Monarquía Católica, según se le conoce entonces, se ensambla con el Imperio Germánico en una unidad superior, la Casa de Austria, cuyos fundamentos son: « Ante todo la comunidad de sus fines a servir: la defensa de la fe católica y de la Iglesia, y el mantenimiento de la tranquilidad europea. Secundariamente, un vínculo jurídico; la dependencia del Rey Católico con relación al Imperio, en razón de los feudos poseídos en tierras del mismo; y otro natural: el parentesco, la unidad de estirpe regia ».

¿ Es lícito confundir la « universitas christiana » (pág. 172) con la aspira-

ción a la monarquía universal? La respuesta de Jover parece evidente. Recordemos aquí el ensayo de Menéndez-Pidal, *La Idea Imperial de Carlos V*. El emperador aparece desoyendo a su canciller Gatinara, que le incita a la conquista de la monarquía universal y prefiere en cambio las proposiciones en defensa de la paz cristiana de Hugo de Moncada. La renuncia a la monarquía universal se afirma pues como una constante ideológica que tiene su punto de arranque en Carlos V.

Los estados en el siglo que media entre Carlos V. y la polémica habían tomado como norte político a Maquiavelo y a Bodino. Los pensadores españoles en cambio conservaban aún en 1635 — nos lo muestra Jover — una convicción firme y viva en la vieja política de la casa de Austria. Falta de empuje, aquella política se había refugiado en una actitud conservadora. Los objetivos del austracismo respecto a los demás estados europeos son « Como actitud, la defensiva. Como política, la del *statu-quo*. Como fundamental fin de guerra, el ajuste de una nueva capitulación que restaurase el estado de cosas anterior a los disturbios contemporáneos » (pág. 190). El reino galo aparece como el causante de estos disturbios: Frente a la Francia que « al presente es instrumento de aflicciones y calamidades para todos los Príncipes católicos y de opresión de los que con celo de religión se han opuesto a los progresos de los herejes », según expresión del propio Guillén de la Carrera, existe una Francia tradicional a quien se respeta, una Francia valiente y noble, miembro indispensable de la « *universitas christiana* ».

Con gran sentimiento, sin embargo, queda Francia forzosamente excluida de la comunidad por su alianza con los herejes. La alianza con ellos será para los polemistas de 1635 la piedra de toque de la religiosidad de los estados. La crítica española, que para las mentes del siglo tiene un innegable valor como argumento favorable a España, se funda en un razonamiento teológico-jurídico sobre la licitud de las confederaciones con los herejes. Allende el Pirineo, Bessan Arroy y Ferrier distinguen la esfera de lo político y la de lo religioso para admitir las alianzas francesas. Para justificar la política de Richelieu esgrimen la idea de Bodino acerca de la amistad entre las naciones. Jansenio, portavoz en esta ocasión de su generación, « alzaré su visión unitaria, agustiniana, teológica de la comunidad política como medio al servicio de fines transcendentales » (pág. 267). La guerra de 1635 equivale por consiguiente para ellos a una guerra religiosa en la que Francia se alinea con los herejes, lo que acarrea una enérgica y unánime repulsa.

Al colocar como fin de la política una idea trascendente, se niega eficacia a la amistad, que es ante todo equilibrio, libre acuerdo entre humanos o naciones. La Justicia decidirá de las relaciones entre hombres o estados. Por ello la actitud de los publicistas frente a la libertad de conciencia y frente a los protestantes desemboca en la más pura intolerancia. El argumento jurídico ostentado contra la alianza con herejes, conforme al concepto de justicia enunciado antes, conduce a negar capacidad jurídica a éstos para pactar.

Conocemos libelos fingidamente redactados por súbditos franceses, vimos en otros un hábil distingo entre dos Francias. En la misma línea de generosidad y sutileza, los publicistas deslindarán las responsabilidades del rey, de sus ministros y del pueblo francés en la contienda. Señalemos la francofobia de Céspedes. En el extremo opuesto encontramos a Jáuregui. Entre ambos observamos una riqueza de matices, de posiciones personales, que no son posibles respecto a los fundamentos del estado. Quevedo en su carta a Luis XIII no discute la excelencia del monarca ni del trono galo; si bien responsabiliza al primero indirectamente de las acciones de sus ministros. Los polemistas, de modo unánime, vierten todos sus ataques contra el Cardenal Richelieu. A él le adjudican la plena responsabilidad de la guerra, las alianzas y las atrocidades del ejército. La actitud de la mayor parte de los polemistas, que evita inculpar al pueblo francés y a Luis XIII de ciertas acciones y se dirige en cambio a éstos con todo respeto, demuestra una rara habilidad y una indudable elegancia.

En un ensayo ya antiguo, Ortega y Gasset postulaba una nueva estructura de la historia basada en las generaciones. La idea de un proceso evolutivo de la historia había entrado en aquel entonces en crisis, al igual que todo concepto unitario de las ciencias. La generación se afirmaba, pues, como una unidad histórica elemental que prometía una periodización del pasado más lógica que la tradicional. Ortega ha vuelto después sobre el tema y su influencia intelectual en España ha motivado que el método preconizado por él fuese puesto a prueba en varios estudios. Principalmente éstos han recaído sobre temas literarios.

Pese a las afirmaciones de Ortega, la generación como método no posee aún un claro valor cuantitativo; por el contrario, podemos decir con F. Ayala, « lo decisivo en ella es ese factor espiritual que, para las generaciones artísticas, se da objetivado en las obras ». Sólo en razón del espíritu objetivado, que Jover y Zamora halla en los escritos de la polémica, puede reunir en torno a una fecha una generación integrada por personas no coetáneas como Matías de Novoa y Pellicer, los dos extremos de aquella generación; o por escritores diferenciados entre sí por múltiples motivos. Por otra parte este espíritu se revela aquí limitado a un único problema. Ignoramos por completo las relaciones de los publicistas con la generación, tomada en sentido lato y homogéneo, en que ellos se hallan literaria y cronológicamente encuadrados.

En el libro de Jover la idea de generación, si bien tiene una evidente filiación orteguiana, no se somete al método preconizado por este pensador. Aquí observamos de una manera clara y práctica las dificultades con que tropieza la aplicación del método de las generaciones a pesar de los esfuerzos teóricos de Ortega y sus continuadores.

1635, un hito en el pensamiento político español, atrajo a una generación

de escritores hacia el problema nacional candente entonces. 1898, dos siglos y medio después movilizaría igualmente a los intelectuales en torno al problema total de España. Ante los acontecimientos de 1635 los polemistas poseen una armadura conceptual, cuya fórmula conocemos. Vierten además en sus escritos una actitud íntima, personal, un «pathos» en fin. Este sentir el problema quizá sea el rasgo que más acerque a estos hombres a la para nosotros ya tradicional generación del 98.

España y Europa entera, pero muy en particular la Península, se hallan en un momento crítico de su desarrollo. La generación de 1635 no siente de un modo uniforme el problema de España. La España de 1635 hereda todo el glorioso pasado reciente. Ella misma se presenta como cumbre para quien no pulse elemento alguno de disolución (págs. 205 y 206). ¿Cómo extrañarnos del optimismo desbordante, fanfarrón de algunos? (págs. 362 a 368) ¿Cómo no justificar aquel sentimiento de plenitud? Pellicer al referirse a Felipe IV dice «pues Dios le ha dado tantos Reynos i Señoríos que pueden llenar el espíritu más levantado».

Pero plenitud es al tiempo culminación y la cumbre tiene dos vertientes. «Lo que más sube — dice Saavedra Fajardo en sus *Empresas* — más cerca está de su caída. En llegando las cosas a su último estado, han de volver a bajar sin detenerse». Precisamente en el escrito que Jover atribuye a Saavedra se vislumbran ya síntomas de una decadencia presentida. Junto al grupo inflamado de «soberbia», en el significado biológico que atribuye Jover al vocablo, conviven publicistas donde germina un cierto pesimismo vital. Los rasgos son todavía poco precisos: repudio de la guerra (pág. 427), clima de catástrofe (pág. 432), inquietud (pág. 454).

El doble enfoque del problema nacional revela con claridad entre los publicistas gérmenes del drama de la modernidad. Pero este drama no divide a la generación en grupos antagónicos. Sólo en la conciencia de algunos se va desarrollando. El momento es tardío. Toda Europa ha pasado por él. Es, al decir de Jover, «una crisis paulatinamente aplazada». Westfalia planteará en cambio el drama con toda crudeza. Francia personifica a sus ojos aquella modernidad que rechazan. Los polemistas siguen asiéndose con fuerza a un orden medieval de Catolicidad universal vivificado por España. Aquella utopía resultaba ahora «empresa endiabladamente quijotesca» según frase de Ayala. «¡Separarse del resto para conservar, disecada en un sector, la universalidad cuya condición es el conjunto!», exclama el mismo.

El volumen que nos ocupa se filia dentro de una corriente de estudios recientes cuya conclusión es una reivindicación de la política española del siglo xvii y de sus principios: Maravall, Palacio Atard, Ferrari. La interpretación de aquel siglo, problemática en todos sus extremos, según acaba de resumir Vicente Palacio Atard en su obra *Derrota, Agotamiento, Decadencia en la España del siglo XVII*, requiere una renovación de los materiales aprovechables, pues hay zonas enteras por estudiar.

El libro de José María Jover es fruto conspicuo de esta inquietud. Su punto de partida: permítasenos la expresión, « ex nihilo ». Los folletos que se custodian entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, no habían sido manejados por ningún estudioso. Lejanas y breves referencias de la polémica habían llegado a través de algún libro de historia. Y he aquí, que bruscamente, tras una ardua labor, llena de originalidad, Jover levanta la ingente arquitectura del volumen que dedica a su estudio. Gracias a ello hemos adquirido un capítulo nuevo de inestimable valor acerca del ideario español del siglo xvii.

El método seguido no puede ser de mejor calidad. El autor, en lugar de dirigirse a las obras — fruto racional — de los tratadistas, ha preferido los libelos donde fluyen espontáneas las ideas de los publicistas. Para una reconstrucción desde dentro de la ideología de aquella generación, el libelo no tiene igual, virtud propia desde luego de toda la publicística. El resultado: una imagen extraordinariamente viva del pensamiento político de aquellos escritores.

La publicística, que para los períodos modernos de la historia se ofrece como auxiliar eficaz del historiador, ha sido descuidada por completo por los estudiosos del pasado peninsular. La riqueza de esa clase de literatura en la Biblioteca Nacional de Madrid es sobradamente conocida. El libro de Jover, con todos los riesgos que supone tal tarea, inicia un surco en el barbecho de tal ciencia.

Triple originalidad por lo tanto en la elección del tema, acompañada de una finura muy particular en la exégesis de los textos, cualidades entre otras muchas que han merecido el galardón con que fué premiado el libro.

NICOLÁS SÁNCHEZ-ALBORNOZ.